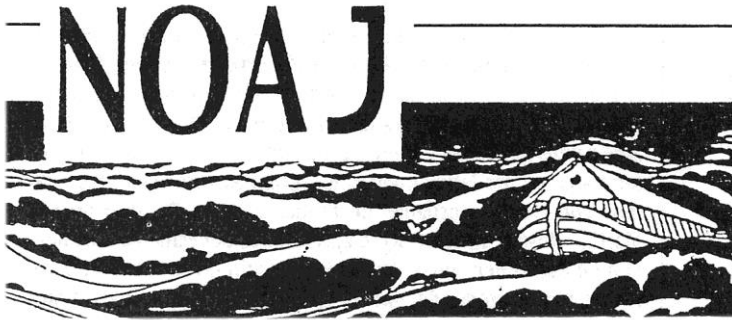




Año III, N°. 3-4, mayo de 1989

Hodara, Joseph. Israel: la crisis de la edad. pp. 113-117

Israel: la crisis de la edad

La ponencia de Arnoldo Liberman, que abre este Encuentro de Escritores y de ideas, presenta cuestiones ineludibles. Una es la condición judía contemporánea; otra la índole de la cultura que se ensambla con esta condición; y en fin, el carácter de la actividad que intelectuales judíos geográficamente dispersos pueden asumir en escenarios y ante audiencias indefinidos, dislocados, por las primeras dos cuestiones.

Conforme a una irremediable tradición, Liberman adopta una

postura crítica. La ética judía que se institucionalizó en Israel parece y aparece desgarrada por la dinámica de la conquista y por la rebelión penetrante de los conquistados. Como que Israel ingresó a la Historia pero perdió a las Musas. Una Clío brutalizada la presidiría. También Liberman trae la perplejidad de los judíos diaspóricos para quienes la fantasía de una Israel heroica y razonablemente perfecta compensa orfandades internas. Sin la fascinación carismática (en el sentido religioso más profundo de esta palabra), Israel es alevosamente normal; y esta percepción decepciona, irrita, a los israelíes y a la Diáspora, aunque por razones dispares. No es accidente que Liberman invoque en sus escritos y en esta ponencia a Martin Buber, protagonista de un judaísmo dialógico que hoy se ha eclipsado y — cabe agregar — de tesis a mi gusto edulcoradas que hoy han rebajado su miel. Liberman enuncia una elegía desde lejos en torno a vivencias tan crueles como cercanas.

De hecho ya empecé a reaccionar a sus palabras. Comparto sus inquietudes y sus llamadas. La ética judía experimenta hoy un examen riguroso; pero no sólo a causa de la **intifada**. Y la condición judía sufre quebrantos; pero no sólo por la conducta israelí atrapada por los dilemas logísticos y morales de la ocupación de tierras palestinas. La indagación de las configuraciones judías (que comprenden a los israelíes) debe afinarse conforme a la complejidad que presentan. Con este rumbo emprenderé comentarios que acaso abrirán cauces a nuevas posturas y ponencias. Estos tráficos de ideas jamás perderán fluidez; si se paralizan

Joseph
Hodara

DISCUSION

Catedrático en la Universidad de Bar Ilán; se especializa en el desarrollo contemporáneo de América Latina. Incursiona en el ensayo, la poesía y el cuento. Su última obra — Veinte trozos de un sueño — se publicó en Israel.

en embotellamientos estériles, el oficio de escritor judío declinará irreversiblemente.

Las virtudes de la politización macabra

Una de las barreras que separan al israelí militante del judío inquieto es la experiencia viva de lo que llamo la **politización macabra**. Distingo entre el compromiso político, que es una elección personal, y el acto político como conducta insoslayable que afecta, con justicia o viciosamente, a terceros. Todo ser humano puede elevarse a la categoría política, es decir, a la actividad tenaz en favor de una causa colectiva. Muchos judíos latinoamericanos, por las tensiones inherentes al subdesarrollo de la región donde nacieron, abrazaron esta categoría. No miraron al ambiente ni se miraron con apatía. Al contrario: se jugaron por ellos. Y en algunos países, perdieron definitivamente la partida. Sin embargo, este compromiso tuvo y tiene efectos limitados. Ayuda a captar una porción de la realidad y asimila una porción de los riesgos de esta percepción. Se trata de una "politización benevolente" a pesar de que puede acarrear trágicas consecuencias.

La "politización macabra" es perversa; aproxima al principio de realidad, como dirían los psicoanalistas. Involucra decisiones sobre otros, contra otros, desprovistas de lógica cristalina y grávidas de roña. Son decisiones que emanan de un hombre en el Estado, o del Estado como abstracción conveniente. Desde el momento que el israelí se vio entrampado en un Estado en marcha, sus compromisos ingresaron al reino de la **Realpolitik**.

Esto es, de la moral relativa aunque exponga un discurso ético absoluto. El animal político israelí se condenó a hacer concesiones a los otros, por los otros. Concesiones que a menudo acarrear lesiones a principios y mandamientos supremos. Son el precio por vivir en un Estado entre Estados, donde la zoología hobbesiana domina.

El judío diaspórico eludió y elude el diagnóstico péfido de Hobbes. O se refugia en los mensajes de los Profetas o se nutre de las nobles utopías decimonónicas. Por ello puede y debe ser el vigilante moral del israelí. Pues éste, ahora que se debate en su propia responsabilidad estatal, asume los imperativos ambivalentes de la sobrevivencia colectiva. Debe, entre otras obligaciones, **matar**, uno de los tabúes primordiales de la cultura judía. Es cierto, su experiencia en el clima hobbesiano internacional le facilita una comprensión histórica que el judío diaspórico, libre de los gravámenes de la **Realpolitik**, apenas puede adivinar. Pero esta experiencia no es gratuita: suele reclamar la crueldad impersonal, enajenada.

El deslinde entre estos dos géneros de politización se vislumbra con nitidez en el uso y en el abuso de la fuerza. El judío contempla el mundo y puede decidir colocar bombas a sus fajas injustas. El israelí tiene un estrecho margen de elección; y destruye si la lógica del Estado — que no fue tallada en el Sinaí — lo prescribe.

La dinámica infernal de la conquista de las tierras palestinas ha ahondado este deslinde. Jamás las distancias entre la condición israelí y la condición judía fueron tan marcadas como en el

presente. Acaso una situación inversa, con otros matices, se presentó en el Holocausto.

En cualquier caso, debemos superar estas distancias. La integridad de los intelectuales — judíos e israelíes — debe ser medida con este imperativo. Se necesitan mutuamente, más allá de su divergente ubicación en el compromiso político. De lo contrario, la moralidad estatal israelí y la moralidad anárquica judía abrirá un tajo incurable.

La "politización macabra" posee virtudes pues entraña un acto de responsabilidad colectiva y un enfrentamiento con la naturaleza brutal del mundo. Y estas dos vivencias permiten captar la frágil trayectoria humana. Pero la "politización benevolente", que se juega con y por la otredad de otros, es indispensable para mantener una figuración normativa, un hálito utópico, pues sin ellos el judaísmo empalidece.

La dialéctica de la victimología

El Holocausto tuvo ramificados y divergentes efectos. No influyó de modo similar en los múltiples recodos de la Diáspora; ni entre laicos y religiosos; ni entre sionistas y no sionistas; ni entre el orbe judeo-musulmán y la cultura judía europea. Pero no rastrearé aquí estas huellas específicas; me interesa el siguiente asunto.

La unión sinérgica del Holocausto con el Estado llevó a dos extremos, o a las cercanías de uno y de otro. Por un lado, el Holocausto debió frenar a las urgencias de la **Realpolitik**, impugnar con sostenido vigor la conducta de los victimarios, con el

propósito de forjar una sociedad absolutamente adversa y contrapuesta a la manufacturación burocrática de asesinatos colectivos. Por el otro, el Holocausto pudo justificar cualquier propensión de la lógica de Estado, desde el ejercicio legítimo de la violencia al eslabonamiento infernal y sin fin de venganzas. Es difícil amar con cicatrices encendidas de odio.

Israel tuvo la sabiduría y el tino moral para desatender las tentaciones de la victimología. No construyó un Estado ejemplar: no existe tal figura salvo en la figuración utópica. Pero levantó un Estado responsable y medido que pondera los derechos básicos de sus ciudadanos, y reconoce escrúpulos en su régimen de conquista, sin contar con el artefacto normativo — cada día más necesario — de una Constitución.

Sin embargo, no sería honesto asegurar que la conducta estatal israelí — o la conducta de los israelíes que aceptan los aparatos del Estado como precio a la autonomía responsable — se eximen completa y heroicamente del sedimento vengativo que dejó el Holocausto. En algún momento, algunos de ellos, cedieron a los contragolpes de la Catástrofe. A pesar de las autocensuras y de los frenos internos. Acaso en esta debilidad reside uno de los motivos del ascenso fascista — laico y ortodoxo — en Israel.

Los judíos de la Diáspora cohabitan de otra manera con esta dialéctica trágica. Muchos de ellos asumen el espíritu del desquite — contra cristianos o contra árabes — sin asumir la **praxis** de la responsabilidad y de la rendición pública de cuentas. Y otros — como los intelectuales judíos de la envejecida izquierda o del

perenne humanismo — lo descalifican porfiadamente. Pero tampoco se juegan por esta porfía.

Las circunstancias presentes han actualizado la dialéctica satánica del Holocausto. Y esta actualización debería hermanar a los intelectuales judíos en torno al primer extremo: Israel como enemigo redomado de cualquier masacre burocratizada. Si se templa este enlace surgirá una nueva fraternidad en el orbe judío, más allá de mojones geográficos.

La reaparición del *American Dream*

Los judíos que se concentraron en Israel renegaron, con deliberación, de la metafísica fantástica del *American Dream*. Ni confiaron en el refugio norteamericano ni se amancebaron con el consumismo darwinista. Invirtieron la pirámide diaspórica en combate abierto contra el Faraón entronizado en espacios externos o residente en el alma íntima de los combatientes. Israel fue concebida como la contraparte antropológica y psicológica del *American Dream*.

Ya no es así en muchas parcelas de la sociedad israelí. La imitación grotesca de la cultura norteamericana — fenómeno ecuménico en verdad — nos es conocida; y se copia lo trivial y las secas crueldades de este Sueño; no sus aciertos ni realizaciones. Así se destiñe la particularidad israelí; y así se rebaja su potencial atractivo.

Más aún: esta universalización espúrea confunde y retuerce los límites entre Israel y Diáspora. La distinción entre “centro” y “periferia” en el mundo judío no puede ser legítima cuando el

primero y la segunda están intoxicados por el *American Dream*. Esta es una de las fuentes de deslegitimización contemporánea del sionismo; deslegitimización que difunde, institucionaliza y multiplica la doblez, la normatividad dispar, de los sionistas.

En la tarea de alejar o desvanecer el contraproducente *American Dream* en el Israel de los ochenta concedo sustantivo papel a los intelectuales judíos. Estos conocen sus tentaciones pero también sus trampas. En este sentido, el israelí es un animal ingenuo: sólo aprecia las máscaras fulgurantes del Sueño. No percibe que un consumismo galopante arrastra un costo social que puede tumbar al Estado que habita y defiende; en medida semejante — pero en otro plano de análisis — el israelí joven y emergente tampoco capta las tensiones insoportables de una cultura antidemocrática. No han sido registradas en su experiencia existencial. Por esta razón, algunos israelíes, abrumados por las tremendas dificultades cotidianas, quisieran poner un paréntesis “breve”, “transitorio”, al régimen democrático. Ignoran la dinámica de una burocracia autoritaria. No es el caso de los intelectuales judíos afincados en países del Tercer Mundo que se caracterizan por un inflexible relajamiento político. Otro filón para una nueva fraternidad judía.

Las siete vidas del Mesías

El sionismo tuvo y tiene una importante carga antimesiánica. Convoca a sus adictos a la autoemancipación, a la responsabilidad terrena e inmanente, al activismo histórico. Gracias a esta convocatoria, Israel posee hoy presencia, esencia y designio. Pero este

triángulo de cualidades mancomunadas empieza a quebrarse en los últimos años, por la astuta metamorfosis o por el brote renovado del Mesías. Esta figura, como Promesa o Símbolo, parecía socialmente descalificada. Como el mismo Dios. Pero el nacionalismo triunfante, que se funda en el culto pagano a la Sangre y a la Tierra, ha transformado categorías metapolíticas — mesiánicas o cuasimesiánicas — en moneda corriente del discurso israelí. Esta inflación mesiánica coloca a judíos e israelíes que se han resignado — o festejan honestamente — a los límites de esta vida con su noble aunque exasperante finitud, en un espinoso dilema. Quieren un sionismo sin adjetivos trascendentes, de este mundo, para este mundo, con el mundo. Pero la fantasía mesiánica se opone a esta voluntad. Fantasía a las que algunos adhieren con inocencia, y otros aprovechan con alevosía.

No cabe banalizar esta fantasía. Los mesianismos siempre han prendido con fuerza en el pueblo judío. Es su adicción latente y letal. Y ahora reaparece con graves implicaciones geopolíticas y morales. Para atajarlas constructivamente se precisa — de nuevo — la fraternidad entre judíos e israelíes, basada en la Modernidad que, pese a sus debilidades y vacíos, es la cultura del intelectual. El ejercicio de la terrena razón es su forma de parirse y exponerse. La ética judía será amputada si el Mesías intima con el Estado. Este Encuentro de Escritores debe impedir esta perversa cirugía. Si la desdén o subestima se hará célebre por una memorable traición. ●

Israel: la crisis de la edad

El compromiso del escritor judío en Iberoamérica

(Fragmento leído en el Quinto Encuentro de Escritores Judíos de América Latina y España)

Tanto en Israel como en la diáspora vivimos una época de cambios y mutaciones, cuyos crujidos parecen escucharse a veces desde lejos. Me voy a referir únicamente a Israel y a dos de sus problemas básicos de ahora: la ocupación y todos los peligros que ello trae implicado para la democracia y para la solvencia moral de la sociedad israelí. El segundo problema es la deformación del sionismo como movimiento de liberación nacional. El dilema con que nos enfrentamos es tan atroz como simple: debemos elegir entre un pueblo, que, escudándose detrás de su poderío militar y político, depende del trabajo de otro pueblo oprimido, y entre un pueblo que aspira a la independencia y a la autosuficiencia reales, basadas en la paz y en el trabajo creador.

Samuel Pecar

Nació en Argentina en 1922; vive en Israel desde 1963. Preside la Asociación Israelí de Escritores en Lengua Castellana. Publicó Cuentos de Kleinville (1954), y las novelas La generación olvidada (1956) y El hombre que hizo retroceder al tiempo (1984).